

CUANDO TE VAS

amistades
IMPERFECTAS

PAMELA
STUPIA

CUANDO TE VAS

amistades
IMPERFECTAS

PAMELA
STUPIA

Stupia, Pamela

Cuando te vas : amistades imperfectas / Pamela Stupia. - 1a ed.

- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2022.

296 p. ; 23 x 15 cm.

ISBN 978-950-49-7591-5

1. Narrativa Argentina. 2. Literatura Juvenil. I. Título.

CDD A863.9283

© 2022, Pamela Stupia

Diseño de cubierta: Lucía Cornejo para Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Diseño de interior: Claudio Perles para Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Ilustraciones: Sabrina Florio

Todos los derechos reservados

© 2022, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta®

Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

1ª edición: mayo de 2022

5.000 ejemplares

ISBN 978-950-49-7591-5

Impreso en Gráfica Pinter,

Diógenes Taborda 48, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,

en el mes de abril de 2022

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler,

la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o

por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias,

digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor.

Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.



CAPÍTULO 1

SUEÑOS DESVANECIDOS



Dreams
The Cranberries



Siempre preferí el invierno porque tengo la idea de que las estaciones están más marcadas por lo que sucede en nuestras vidas, que por las cuestiones climáticas. Porque sí, en realidad, me gusta más el calor y suelo disfrutar del verano. Ropa liviana, salidas con amigos al aire libre, partidos de fútbol sin morir congelado antes de empezar a jugar. Sin embargo, en verano nunca estaba ella. Entonces, no importaba que estuviera de vacaciones, que tuviera más tiempo para tocar la batería o que pudiera salir todas las noches. Si no estaba ella, yo no tenía nada.

Ahora es invierno y, como la vida a veces juega sus propios juegos, ella no está. O tal vez el que falte sea yo. Me esfumé de su vida. Desaparecí de su mundo, el único en el que quiero estar y el que no voy a poder habitar jamás. Ya no.

Dejo caer la espalda sobre la pared. La azotea del edificio se transformó en mi área de escape. La primera vez subí porque no podía respirar y no quería que mi familia se diera cuenta. Esa noche me dio algo de paz. Y de aire. Así que lo tomé como una costumbre que supongo que continuará durante la primavera que está próxima a llegar.

Tomo mi *walkman*, me pongo los auriculares que llevaba colgados en el cuello y le doy *play*. Pasé todo el día escuchando *Everybody Else Is Doing It, So Why Can't We?*, el casete de The Cranberries, una de mis bandas favoritas. La conocí cuando tenía 11 años, pero aprendí a tocar sus canciones en la batería exactamente el mismo año en el que conocí a Starlie. Así que, siempre que la escucho, la siento más cerca. La música siempre fue importante en mi vida, suelo tatuar los recuerdos en canciones y disfruto de volver a vivirlos cada vez que suena algún acorde.

Observo el cielo, completamente despejado. Me gusta la ciudad. Fue un cambio interesante, a pesar de que siempre me gustó vivir en Buenos Aires. Barcelona... España, sonaba como algo muy lejano. Algo que me recordaba a las canciones de Alejandro Sanz o La oreja de Van Gogh. Un destino de vacaciones, de viaje de estudio, pero no de vida. Pasaron dos meses y todavía no me siento en casa.

Papá siguió con su mismo ritmo laboral. Mamá inició un emprendimiento. Gastón se anotó en la universidad y Pablo empezó en su nueva escuela como si fuese muy sencillo. Yo soy el único que no logra desprenderse del pasado. El único que vive pensando que en Buenos Aires es verano y Zoe debe estar pasándola terrible sin Starlie y sin mí.

Yo voy a clases, conozco gente nueva, fluyo con la vida en piloto automático. Revivo una y otra vez lo que pasó. Imagino finales alternativos, pienso en soluciones estúpidas que nunca van a ocurrir. Pero, principalmente, pienso en ella y me hundo en la ausencia. Me siento inútil y me convengo de que no hice nada malo, pero esa certeza no llega. Le rompí el corazón, haya hecho algo malo o no.

Y no confió en mí. Me creyó alguien horrible sin titubear.

Siento como si mis pulmones se volvieran más pequeños y mis respiraciones fueran más cortas, más urgentes. El corazón se entorpece, late y late desordenado; pero a estas alturas ya me siento un experto. Sé lo que pasa. Así que cierro los ojos y me obligo

a calmarme, incluso cuando sé que es difícil y que casi nunca lo logro rápidamente. Inhalo, exhalo. Su rostro aparece en mi cabeza. Sus mejillas rosadas porque la estoy besando. Inhalo, exhalo. Mis manos tomando su cintura. Inhalo, exhalo. Su *troll* con pelo de colores. Inhalo, exhalo. Sus ojos celestes. Inhalo, exhalo. Su risa reaccionando a mis cosquillas. Inhalo, exhalo.

Me quito los auriculares y me acomodo, sentado sobre el piso de la azotea. El viento es frío y me ayuda, pero no alcanza. Nunca alcanza en estos momentos. Cierro los ojos, pero lo que aparece en mi cabeza me acelera, me lastima. En diecisiete años, nunca aprendí a controlar mi cabeza. Soy una fábrica de pensamientos horribles. Y entonces, el miedo me invade y me congela en el tiempo. El dolor de las uñas clavándose en las palmas de mis manos me ayuda a escapar de las redes de los pensamientos que no quiero que sigan sucediendo en mi cabeza.

Me detengo en mi respiración. Inhalo, exhalo y dejo que el viento frío de la noche de Barcelona se lleve los pensamientos, pero que me deje los recuerdos, porque, por ahora, vivo en base a ellos. Los necesito ahí, frescos, vivos, disponibles para tomarlos cuando sea necesario.

Al cabo de un rato, me siento mejor.

Pasó. Siempre pasa, aunque en el momento pareciera que no.

Me pongo de pie y me dirijo hacia la barandilla. Me acomodo la campera de *jean* con corderito que llevo puesta a diario y apoyo mis codos. Echo un vistazo al cielo despejado, plagado de estrellas. Elijo una de ellas, la más brillante. Me gusta pensar que, para las estrellas, nadie está realmente lejos, y aunque sé que en Buenos Aires es de día, imagino que esta estrella le llevará el mensaje cuando no pueda dormirse y mire a través de su ventana.

Perdón, murmuro. Sé que en un tiempo solo seremos un recuerdo para el otro, pero te prometo que serás como una estrella en mi vida para siempre.

Permanezco en silencio. Como si fuera posible recibir una respuesta.



Como si fuese normal hablarle a una estrella.

—¿Santi?

La voz de Gastón, mi hermano mayor, me sorprende.

—Ey —murmuro—. Hola.

—¿Qué hacés acá? Hace frío.

—Tengo abrigo. —Señalo mi campera.

—Son las diez y media de la noche.

Nunca tuve la mejor relación con mi hermano. Somos muy diferentes y el problema es que esas diferencias no están relacionadas con que preferimos distintas películas o que no coincidimos en nuestras bandas favoritas. Nos diferenciamos en esas cosas en las que a veces es imposible ceder. Quisiera tener una relación más cercana, porque, de hecho, en este momento siento que eso serviría. Pero no. No nos entendemos.

—Ya lo sé. —Tomo mi *walkman* y los auriculares que quedaron en el piso.

—¿Ocurrió otra vez? —pregunta.

Sabía que estaba pensando en ello. Todo el tiempo piensa en ello.

—No, solo estaba escuchando música.

—¿Todo esto es por Starlie?

Resoplo. No tenía ganas de discutir. Simplemente subí a la azotea en busca de paz.

—¿A qué te referís con todo esto? Solo estoy escuchando música.

—No, Santi. Mentís todo el tiempo. —Suspira—. Pero yo no soy mamá, me doy cuenta.

—Tal vez no quiera hablar. ¿No se te ocurrió eso?

—¿Qué pasó con Starlie?

—Nada, Gastón. ¿Qué es lo que querés escuchar? Te dije que no quiero hablar de eso.

—Algo pasó el último día antes de viajar. Santiago, no soy idiota. Estuviste encerrado con Starlie durante horas.

—Como siempre que venía a casa...

Los ojos de Gastón están en los míos. Le sostengo la mirada.

—No fue igual que las otras veces. Era tu mejor amiga y sé lo que sentías.

—No sé por qué habías en pasado... Como si los sentimientos se esfumaran cuando subís a un avión.

—Supongo que no, pero al menos deberías intentarlo. Ni siquiera tuvo sentido cuando vivíamos en Buenos Aires. ¿Para qué seguir insistiendo?

Seguir insistiendo.

Para él, estar enamorado es insistir en algo.

Estar enamorado o querer el último casete de los Guns N' Roses es lo mismo para él. Algo que se decide o que se controla.

—No sé en qué momento llegamos a esta conversación, pero intentaba estar en paz, algo que es claramente imposible en esta casa.

—Me preocupo por vos.

—No lo necesito. Tu preocupación no soluciona mis problemas.

—Mirá, Santi. —Gastón se acerca, doy un paso hacia atrás—. Solo pienso en lo que es mejor para vos. No te veo bien y ya pasaron dos meses. Tenés que dejarlo atrás.

—No puedo. —Siento cómo los pulmones se vuelven más pesados, intento controlarlo—. No quiero. No quería dejar Buenos Aires, ni nada de lo que tenía en mi vida.

—Que mamá y papá no te escuchen decir eso. Sabés que es difícil para ellos...

Lo interrumpo mientras intento prolongar cada respiración.

—¿Por qué no pueden escucharlo? Hice lo que querían, ¿no? Estoy acá. Dejé todo. Perdí mi último año de la secundaria, mi viaje de egresados y estoy cursando el anteúltimo año de nuevo. Perdí a mis amigas. A... Starlie. No me importa que sea difícil para ellos, al menos pudieron elegir. Yo no.

Sin siquiera esperar su respuesta, me encamino hacia el edificio. Entro, y bajo los tres pisos por la escalera, tratando de contener lo que siento.

Me doy cuenta de que no actúo como siempre. No estoy tan ciego. Sé que ya no soy el mismo. Sé lo que ve Gastón. Solía ser un chico sin ningún conflicto, tranquilo. Alguien que, a veces, no bebía alcohol porque prefería estar sobrio en una fiesta con su mejor amiga a la que no le gustaba tomar. Su mejor amiga, con la cual lo último que deseaba era una amistad.

Entro a casa en silencio, con Gastón pisándome los talones. Me dirijo a mi cuarto y cierro la puerta. Me dejo caer en la cama y me pongo los auriculares. Otra vez *play*.

Mañana tengo clases. Todavía no me adapto al programa, ni al grupo. Tengo dos amigos que, por supuesto, son lo suficientemente *outsiders* como para prestarle atención a un argentino lleno de problemas. Pero ninguno es Zoe y eso lo confirmo todos los días. Nadie es como ella. Nadie sabe por qué a veces necesito quedarme callado, nadie entiende que cuando hago esa mueca con la nariz, es porque algo me molesta, nadie entiende mis bromas. Porque aunque sepan mi nombre... aunque tengan claro que soy Santiago Navarro, que tengo 17 años, que soy argentino y toco la guitarra y la batería, en realidad no tienen idea de cuál es mi sabor de helado favorito ni recuerdan cómo me hice la cicatriz que tengo debajo de la ceja derecha. Tampoco saben que cuando me pongo muy nervioso, como más de lo habitual.

Suena *Dreams*, de The Cranberries. Una de mis favoritas y de las pocas que no sé tocar con la batería. Cierro los ojos y me dejo llevar, siempre sentí algo especial por esta canción, sin embargo, ahora... el sentido es otro. Es nuevo. Eso es lo mágico de la música, se adapta a tu vida, se reinventa, te trae nuevas sensaciones.

"My life is changing every day. In every possible way..."

Todo el tiempo vivimos cosas nuevas, a veces nos mudamos, otras cambiamos de escuela. Vamos a una fiesta por primera vez, conocemos a alguien que nos da vuelta la cabeza. Sin embargo, yo nunca había vivido un cambio tan grande. Esto es como volver a nacer. Como empezar a jugar esa partida de un videojuego que ya había jugado, pero en un mundo completamente diferente

y desconocido. “*In every possible way...*”. No me había identificado con esa parte de la canción hasta hoy. Sin embargo, hay algo que se mantiene igual desde el comienzo, algo que siempre entendí y tomé como propio: ella fue mi sueño. *Ese amor* fue un sueño, incluso cuando tenía 13 años y no tenía idea de lo que era el amor.

Abro los ojos y veo la batería. No me acerqué a ella desde que llegué. Los platos tienen polvo y la siento una extraña. Tomo asiento en la banqueta y tomo los palillos. Todavía con los auriculares puestos, practico los golpes en el aire.

Tengo que aprender a tocar esta canción. Fue mi favorita cuando no tenía idea de que hablaba de mi futuro. Del nuevo Santi. El que tuvo un sueño llamado Starlie y lo hizo realidad.

Pero era un sueño y, como todos, siempre se desvanecen por la mañana.

